

Los que quedaron afuera tuvieron una vida de buenas intenciones, pero nunca se decidieron por Dios



“Nadie es tan desenfrenado ni se hunde tanto en el pecado como los que una vez conocieron la luz, pero resistieron al Espíritu que convence de pecado.”

Tuvieron buenas intenciones de no cometer más adulterio...

...Tuvieron buenas intenciones de abandonar el alcohol...

...Tuvieron buenas intenciones de devolver lo robado...

...Tuvieron buenas intenciones de pedir perdón a Dios y al enemigo...

...Tuvieron buenas intenciones de dejar de sobornar...

...Tuvieron buenas intenciones de cambiar la expresión de sus malas palabras...

...Tuvieron buenas intenciones de dejar de adorar imágenes y amuletos...

...Tuvieron buenas intenciones de abandonar la idolatría al dinero y la ambición y con eso ayudar a su prójimo...

...Tuvieron buenas intenciones de abandonar sus malos hábitos, el sexo ilícito y la sensualidad...

Pero todos ellos, los que quedaron por fuera del arca, no sólo tuvieron buenas intenciones, también sintieron un fuerte

deseo por tener un cambio en sus vidas, pero no quisieron y no entendieron el tiempo de su visitación (Lucas 19:44).

No deseaban conservar a Dios en su memoria. Eran más fuertes sus afectos por las cosas, que por Aquel que se las había dado.

Inclinados por los deseos de su corazón, pensaban que no había nada de malo en lo que hacían y como resultado lógico se corrompieron.

Pedían que no se les juzgara ni que nada los hiciera sentir culpables, ni heridos por sus propias malas acciones.

No quisieron renunciar a sus pecados y fueron vencidos por ellos, sus inclinaciones y la incredulidad reinante.

El orgullo les impidió someterse a Dios quién con tierna compasión los amonestaba desde el cielo para “abandonar sus malos caminos y se volverán a él quién es amplio en perdonar” (Isaías 55:7).

Concluyeron insistentemente que no necesitaban arrepentirse y en burla, se fueron de lleno en contra del llamado del Espíritu Santo a través de Noé (1 Pedro 3:18-20).

Dios quería proveerles un ambiente de verdadera felicidad y amor sin que experimentaran las desgracias que produce el pecado y la rebelión.

Su clamor era y sigue siendo el mismo hoy: “Vengan, pongamos las cosas en claro. Si sus pecados son como el rojo más vivo, yo los dejaré blancos como la nieve. Aunque sean rojos como la púrpura, yo los dejaré blancos como la lana” (Isaías 1:18).

El Señor Jesucristo vendrá otra vez por los que alguna vez tuvieron buenas intenciones, pero, a diferencia de los anteriores, aceptaron la preciosa gracia, se arrepintieron de sus pecados y se volvieron a Dios.

(Lucas 15:11-32)